

incompatible con nuestra contingencia necesaria, destruyendo la libertad, destruyen al mismo tiempo la moral; y reemplazando los racionios sujetos muchas veces á dudas y errores con una doctrina inmóvil y definitiva, matan quizá la posibilidad del error y de la herejía, pero tambien la posibilidad del pensamiento y de sus progresos. En aquella hora de su vida y en aquella estancia de Jerusalem, quizás pensaba Ignacio lo mas conveniente á la salud eterna de su persona y lo mas en armonía con sus sobresaltadas vocaciones. Pero vino un acto externo, un mandato superior á su voluntad y á su conciencia, moviéndole como pudiera mover la palanca con su impulso al objeto inerte, y el asceta cambió de propósito y torció su destino y desoyó su vocacion, porque un mandamiento se lo imponia con autoridad mas ó menos legítima, como si él no tuviese ni albedrío ni conciencia. En los extremos y exageraciones de su complexion extraña y singular, ni siquiera quiso ver la bula en cuya virtud el prior franciscano podia despedirlo de Jerusalem y hasta lanzarlo del Catolicismo. Los cadáveres no discuten, los cadáveres no hablan, los cadáveres no juzgan, los cadáveres no piensan, los cadáveres no andan, caen sobre su madre la tierra y allí se quedan frios y rígidos en el eterno suelo y en el eterno silencio, obedientes como la cal á que pertenece su esqueleto. La palabra única de Ignacio fué, ante tal contrariedad, esta palabra de humillacion y de obediencia: «Padre, dijo tristemente, yo os obedeceré y lo haré así como me lo ordenais.»

¡Cuánto no debia padecer su ánimo en Jerusalem, dadas sus exaltaciones y dado su entusiasmo! Los recuerdos de la Pasion debian hacerle sufrir como actos sucedidos á su propia persona, maceradísima y cuasi yerta. Con los recuerdos de la Pasion debian juntarse los espectáculos de las profanaciones. La Ciudad Santa, guardada por turcos, apareceríasele como el cielo guardado por demonios. A poco y escasamente que se industriara en la difícil arqueología católica, abríansele de dolor las carnes agitadas por escalofrios continuos. Esta ciencia arqueológica, fácil de conocer allí, donde la revelan las piedras y la guardan las tradiciones, diríale, cómo Adriano, para escarnecer la religion de Cristo, erigió un templo á Venus, á la mas impura entre todas las diosas, en el sepulcro en que yaciera Cristo, el mas santo entre todos los hombres. A pesar de las piadosas construcciones de-

bidas á Santa Helena y á Constantino ¡cuántas alternativas en aquella Iglesia del Santo Sepulcro, incendiada por el persa Khosroes, destruida por el califa egipcio Ahlhaken, objeto de mil profanaciones análogas! Y no léjos de lugar tan santo y tan querido, veria la mezquita de Omar, con su rotonda inmensa, visitada libremente por los peregrinos musulmanes, bendecida en lenguas varias,alzada en el sitio mismo donde David alzó el primer altar al Dios de la verdad y consumó uno de los mayores holocaustos, centro de abominaciones, en cuyas cisternas, destinadas á lavar las víctimas santas y antiguas, se lavan los islamitas y celebran las abluciones del Koran. Estos contrastes entre los campamentos del ejército de la luz y los campamentos del ejército de las tinieblas, como él llamaba á las dos religiones opuestas, debian moverle á inscribirse mas y mas en su bandera, y á proponerse una organizacion y una disciplina cada vez mas fuertes de su católica milicia. Y sin embargo, si hubiese reflexionado un poco, y visto en el teatro de la Pasion y en el seno de la Tierra Santa las reliquias de su fe, los monumentos de su religion guardados por infieles sectarios de Mahoma que impiden el combate y el exterminio de las sectas cristianas entre sí, hubiérase persuadido de que la verdad es demasiado lata y Dios es demasiado grande para caber en los estrechos límites de una sola Iglesia. Si algo enseñan tantas sectas cristianas, ya cismáticas, ya herejes, ya gnósticas, unidas con la religion ortodoxa, y compitiendo todas, émulas entre sí, en esfuerzos y celo por el Santo Sepulcro; si algo enseña este grandioso espectáculo, es la variedad inevitable de pensamientos y de creencias por el espíritu suscitada, en cumplimiento de sus leyes naturales, bajo la unidad fundamental del Cristianismo. Aquellos infieles guardando la tumba de Cristo; aquellas sectas cristianas enemigas entre sí, reconociendo un solo Redentor y un solo Dios; cuanto pasaba en torno suyo sobre la tierra predilecta de la Providencia y fecunda en milagros, debia demostrarle con la mas incontestable de las demostraciones, con la demostracion experimental, todo el valor de la intolerancia, en vez de persuadirle á la fundacion de la compañía mas intolerante y mas estrecha que han visto los siglos.

Antes de partirse Ignacio á Europa, sucedióle otra increíble aventura que debemos recoger aquí para dar una idea que tanto ha de servirnos en el exá-

men de su compañía y de su doctrina. Uno de los sitios mas sagrados para toda la cristiandad y mas concurridos por las peregrinaciones cristianas es el sitio conocido con el nombre de Jardín de las Olivas. Allí vió el Salvador pasar por sus retinas las visiones de la Pasion que le amenazaba; y allí sudó sangre de su dolorido cuerpo, en los estertores de las primeras angustias. Allí sucedió la escena del beso de Judas, que resonará por siglos de siglos en la conciencia del género humano, como ejemplo de perfidias y de traiciones. Las sectas varias del Cristianismo han emulado á porfía en poner monumentos recordatorios de todos estos hechos y no han conseguido legar ningun edificio propio de su grandeza. La iglesia de la Asuncion, medio perdida en los escombros, está envuelta en oscuridad completa como si fuese habitacion de aves nocturnas y no habitacion de luminosas ideas. Erigida en el siglo séptimo por los Emperadores de Constantinopla y derribada en el siglo duodécimo por el sitio de Godofredo, este la reedificó, y estuvo de pié la iglesia aun bajo la dominacion de los musulmanes, que destruyeron el monasterio benedictino adjunto, pero no el templo de la Virgen, por el afecto piadoso guardado en sus libros teológicos á la Madre de un Profeta, considerado entre todos ellos superior y grande. En el siglo décimocuarto la Reina Juana de Nápoles pidió aquel sitio para los franciscanos, y habiéndolo alcanzado de la munificencia del Sultan reinante por aquellos dias en Egipto, no pudo alcanzar que lo respetasen las varias sectas cristianas, en guerra siempre por la posesion de todos estos sitios, por las tradiciones ungidos y por la fe habitados. Sobre todo, la gruta conocida con el nombre de gruta de la Agonía, y en la cual cree la piedad cristiana que pasó el Redentor sus agonías, se halla, desde fines del siglo décimocuarto, en poder de los padres de Tierra Santa, quienes celebran diariamente la misa. Cerca de la gruta los franciscanos han plantado una floresta, cuyas rosas recogen con devocion los peregrinos. Pero ni iglesias, ni florestas, ni monumentos de ninguna clase pueden compararse con los grandes y vetustos olivos, á cuya sombra cree la tradicion que vertió lágrimas de sus ojos y sudó sangre de sus venas, el Salvador de los hombres. Aunque la crítica moderna disputa la autenticidad histórica de tales árboles, primero porque las ciencias naturales no pueden dar vida tan larga ciertamente á esos vegetales, y las ciencias históricas saben

que todos cuantos habia en los alrededores de Jerusalem y con especialidad en el Cedron, fueron despiadadamente desarraigados por los sitiadores al mando de Tito, la piedad los consagra, la tradicion los sublima, y la fe cree ver aun bajo sus cenicientas ramas y sobre su agrietado suelo, aparecer la divina sombra de Cristo.

Por su importancia religiosa y por su tradicion histórica era este lugar asunto de competencias y de pleitos entre las varias sectas cristianas y entre las varias ortodoxas Iglesias. Griegos, latinos, coptos, armenios, porfiaban por tener allí sus respectivos santuarios y por guardar allí aquellas santas reliquias. Donde quiera que los cristianos luchaban por su respectivo clero y por su tradicion respectiva, los musulmanes ponian una guardia numerosa y daban reglas conducentes al goce por todos sin excepcion de aquellos santos sitios. El Monte Olivete, por motivo de todas estas porfías, contábase entre los mas celados, como los mas queridos y mas disputados respectivamente por los varios adoradores de Jesus. Ignacio gustaba mucho de asistir allí en persona, para orar, y gustaba poco de atenerse á ordenanzas que él creia contrarias á la libertad del rito cristiano. Así, en su indiferencia por todo lo que no fuera eclesiástico y en su desatencion á todo mandato que no proviniese de sus superiores canónicos, entrábase por el Monte de las Olivas como por su casa, con desprecio de la legítima autoridad y con riesgo de la propia vida. En efecto, penas severísimas, la pena de muerte misma, se reservaban por las leyes á quien desoyese las disposiciones de antemano establecidas y desacatase la natural autoridad de los dominadores. Los peligros corridos por tal proceder debian haber provocado en el ánimo de los frailes franciscos la rigurosa medida de su expulsion y haber justificado aun á los ojos mas cristianos la entereza con que fué dispuesta y cumplida sin consideracion al celo y á las virtudes del santo.

Habíanle, pues, prohibido que saliera del convento, sino para irse de Jerusalem. Y á pesar de tal prohibicion, mas bien aconsejada por prudencia que impuesta con imperio, como no tuviera todos los requisitos canónicos, la desoyó y la desobedeció sin escrúpulo. Habíanle dicho, cuando ya estaba con propósito de volverse, que allá en el Olivete habia una piedra, donde se ven impresos los divinos piés del Señor, en ella puestos al